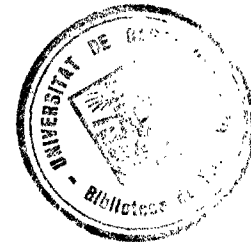


Sección: Humanidades

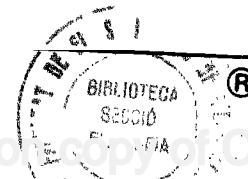
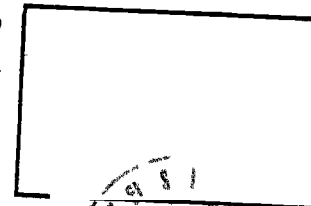
Georges Sorel:  
Reflexiones sobre la violencia

Prefacio de Isaiah Berlin



El Libro de Bolsillo  
Alianza Editorial  
Madrid

BIBLIOTECA DE LA FACULTAT DE B I ELONA  
0700789029



cia; la raza de los audaces capitanes que habían forjado la grandeza de la industria moderna desaparece, para dar paso a una aristocracia ultracivilizada, que quiere vivir en paz. Esa degeneración colma de alegría a nuestros socialistas parlamentarios. Su función sería nula si frente a ellos tuvieran una burguesía que se hubiese internado, con energía, por los caminos del progreso capitalista; que contemplase como una vergüenza la timidez y que se preciase de pensar en sus intereses de clase. El poder de esos socialistas es enorme en presencia de una burguesía que se ha tornado casi tan necia como la nobleza del siglo XVIII. Si el embrutecimiento de la alta burguesía sigue progresando de manera constante, al ritmo que ha adquirido desde unos años acá, nuestros socialistas oficiales pueden abrigar fundadas esperanzas de llegar a la meta de sus sueños y alojarse en suntuosos hoteles.

Únicamente dos accidentes podrían, al parecer, frenar ese movimiento: una gran guerra extranjera que diese nuevo temple a la energía y que, en cualquier caso, llevaría al poder a hombres con voluntad de gobernar<sup>5</sup>; o una considerable extensión de la violencia proletaria que les hiciese ver a los burgueses la realidad revolucionaria y les asquease de las simplezas humanitarias con las cuales les adormece Jaurès. Quien, en vista de esos dos principales peligros, echa mano de todos sus recursos de orador popular: hay que mantener la paz europea a cualquier precio; hay que poner un límite a las violencias proletarias.

Jaurès está convencido de que Francia sería perfectamente feliz el día en que los redactores de su periódico y sus financiadores pudiesen disponer libremente de la Hacienda pública; viene a cuento repetir aquí un proverbio célebre: «Cuando Augusto había bebido, Polonia estaba ebria». Semejante gobierno socialista arruinaría, sin duda, al país que fuese administrado con el mismo desvelo por el orden financiero con que ha sido administrada *L'Humanité*; pero, ¿qué importa el porvenir de la nación con tal de que el nuevo régimen les

procure buenos momios a unos profesores que se imaginan haber inventado el socialismo y a algunos financieros dreyfusards?

Para que la clase obrera llegase a aceptar también esa *dictadura de la incapacidad*, preciso sería que se hubiese vuelto tan idiota como la burguesía, y hubiera perdido toda energía revolucionaria, al mismo tiempo que sus amos hubieran perdido toda energía capitalista. No es imposible ese futuro, y hay quien trabaja afanosamente por embrutecer a los obreros con esas miras. La Dirección General de Trabajo y el *Musée Social* dedican todos sus esfuerzos a esa maravillosa tarea de educación idealista, que se bautiza con los más pomposos nombres y se presenta como una obra de civilización del proletariado. Los sindicatos estorban mucho a nuestros idealistas profesionales, y la experiencia demuestra que a veces basta con una sola huelga para arruinar todo el *trabajo de educación* que los fabricantes de paz social han llevado pacientemente a cabo durante varios años.

Para entender como es debido las consecuencias del régimen tan singular en que vivimos, es preciso recordar las concepciones que Marx se forjó acerca del paso del capitalismo al socialismo. Esas concepciones son de todos conocidas; pero conviene volver a ellas continuamente, porque los escritores oficiales del socialismo suelen olvidarlas, o cuando menos no concederlas la debida importancia; hay que insistir en ellas cada vez que se tiene que razonar acerca de la transformación antimarxista que experimenta el socialismo contemporáneo.

Según Marx, el capitalismo, por razón de las leyes íntimas de su naturaleza, se ve arrastrado hacia un camino que conduce al mundo actual a las puertas del mundo futuro, con el extremado rigor que entraña una evolución de la vida orgánica. Ese movimiento comporta una amplia construcción capitalista y se acaba mediante una rápida destrucción que es obra del proletariado. El capitalismo crea tanto la herencia que recibirá el socialismo, como a los hombres que suprimirán



el régimen actual, y los medios para producir esa destrucción; y, al mismo tiempo de esa destrucción, tiene lugar la conservación de los resultados logrados en la producción<sup>6</sup>. El capitalismo engendra las nuevas maneras de trabajar; arroja a la clase obrera a las organizaciones de rebelión, debido a la compresión que ejerce sobre el salario; restringe su propia base política mediante la concurrencia que elimina constantemente a los capitanes de industria. Así pues, tras haber resuelto el gran problema de la organización del trabajo, con miras al cual los utopistas habían presentado tantas hipótesis ingenuas o estúpidas, el capitalismo provoca el nacimiento de la causa que le derribará (lo cual invalida todo lo que los utopistas habían escrito para obligar a las gentes ilustradas a hacer reformas); y derroca de modo progresivo todo el orden tradicional, contra el que tan deplorablemente insuficientes se habían mostrado las críticas de los ideólogos. Cabría, pues, decir que el capitalismo juega un papel análogo al que Hartmann atribuye a *lo inconsciente* en la naturaleza, ya que prepara la llegada de formas sociales que no intenta producir. Sin plan de conjunto, sin ninguna idea directriz, sin ideal de un mundo futuro, determina una evolución perfectamente segura; saca del presente todo lo que puede ofrecer para el desarrollo histórico; hace todo lo preciso para que una nueva era pueda aparecer, de manera casi mecánica, y que pueda romper todo vínculo con la ideología de los tiempos actuales, a pesar de la conservación de las adquisiciones de la economía capitalista<sup>7</sup>.

Por tanto, los socialistas deben dejar de buscar (a remolque de los utopistas) los medios de llevar a la burguesía ilustrada a preparar *el paso a un derecho superior*; su única función consiste en ocuparse del proletariado para explicarle la grandeza del papel revolucionario que le incumbe. Es preciso, mediante una incesante crítica, conducirlo a perfeccionar sus organizaciones; es preciso indicarle cómo puede desarrollar las formaciones embrionarias que aparecen en sus sociedades de resistencia, con miras a edificar unas instituciones que no

tienen modelo en la historia de la burguesía; con miras a formarse unas ideas que únicamente dependen de su situación de productor de la gran industria, y que nada tienen en común con la manera de pensar burguesa; y con miras a adquirir unas *costumbres* de libertad que la burguesía no conoce ya hoy.

Evidentemente, esa doctrina será nula si la burguesía y el proletariado no ponen en pie, una y otro, con todo el rigor de que son capaces, las fuerzas de que disponen; cuanto más ardientemente capitalista sea la burguesía, más ánimo guerrero tendrá el proletariado, más confiará en la fuerza revolucionaria y mayores garantías de éxito tendrá el movimiento.

La burguesía que Marx conoció en Inglaterra estaba aún, en su inmensa mayoría, animada de ese espíritu conquistador, insaciable y despiadado, que al comienzo de los tiempos modernos había caracterizado a los creadores de la nueva industria y a los aventureros lanzados al descubrimiento de tierras desconocidas. Cuando se estudia la economía moderna, hay que tener siempre muy presente ese paralelo del tipo capitalista con el tipo guerrero; con sobrada razón se ha denominado *capitanes de industria* a los hombres que han dirigido las empresas gigantescas. Todavía puede hallarse hoy ese tipo, con toda su pureza, en los Estados Unidos: en él se dan la energía indomable, la audacia basada en una justa apreciación de la propia fuerza, y el frío cálculo de intereses que constituyen las cualidades de los grandes generales y los grandes capitalistas<sup>8</sup>. Según Paul de Rousiers, todos los americanos se sentirían capaces de «probar fortuna» (*to try his luck*) en la palestra de los negocios<sup>9</sup>, de manera que la mentalidad general del país está en plena armonía con la de los millonarios; a nuestros literatos les sorprende mucho comprobar que esos millonarios se condenan a llevar, hasta el término de su vida, una existencia de condenados, sin pensar en darse una vida de hidalgos, como hacen los Rothschild.

En una sociedad tan enardecida por la pasión del éxito que hay que lograr en la competencia, todos los acto-

res se abren paso hacia delante como verdaderos autómatas, sin que les preocupen las grandes ideas de los sociólogos; están sometidos a unas fuerzas muy sencillas, y ninguno de ellos piensa siquiera en sustraerse a las condiciones de su estado. Únicamente así puede proseguir el desarrollo del capitalismo con ese rigor que tanto le chocó a Marx y que le parecía comparable al de una ley natural. Si, por el contrario, los burgueses, desorientados por los *camelos* de los predicadores de moral o de sociología, vuelven a un *ideal de mediocridad conservadora*, tratan de corregir los abusos de la economía y quieren romper con la barbarie de sus antepasados, entonces una parte de las fuerzas que deberían producir la tendencia del capitalismo se empleará en frenarla, intervendrá el azar, y el futuro del mundo quedará totalmente indeterminado.

Esa indeterminación aumenta si el proletariado se convierte a la paz social al mismo tiempo que sus amos, o incluso si contempla todas las cosas simplemente desde un ángulo corporativo; mientras que el socialismo les confiere a todos los conflictos económicos un matiz general y revolucionario.

No se equivocan los conservadores cuando ven en los compromisos que dan lugar a contratos colectivos y en el particularismo corporativo unos medios propios para evitar la revolución marxista<sup>10</sup>; pero salen de un peligro para caer en otro, y se exponen a ser devorados por el socialismo parlamentario<sup>11</sup>. A Jaurès le entusiasman tanto como a los clericales las medidas que alejan a la clase obrera de la revolución marxista; yo creo que comprende mejor que ellos lo que la paz social puede producir; y basa sus esperanzas en la ruina simultánea del espíritu capitalista y del espíritu revolucionario.

A las personas que defienden la concepción marxista, se les objeta que no consiguen impedir el doble movimiento de degeneración que arrastra a la burguesía y al proletariado lejos de los rumbos que la teoría de Marx les había asignado. Ciertamente es que actúan sobre la clase

obrero, y nadie discute que las violencias de las huelgas sean adecuadas para mantener vivo el espíritu revolucionario; pero, ¿cómo pueden esperar que le van a devolver a la burguesía un ardor que se está apagando?

Y aquí nos parece singularmente importante en la historia el papel de la violencia, porque puede obrar, de manera indirecta, sobre los burgueses, para refrescarles su sentimiento de clase. Con harta frecuencia se ha puesto de relieve el peligro de determinadas violencias que habían comprometido unas *admirables obras sociales*, desanimado a los patronos dispuestos a hacer la felicidad de sus obreros, y fomentado el egoísmo allí donde antes reinaban los más nobles sentimientos.

Pagar con *negra ingratitud* la *benevolencia* de quienes desean proteger a los trabajadores<sup>12</sup>; oponer la injuria a las homilias de los defensores de la fraternidad humana, y responder con golpes a las propuestas de los propagadores de la paz social, nada de eso concuerda desde luego con las reglas del socialismo mundano del señor y la señora Georges Renard<sup>13</sup>; pero es un procedimiento muy práctico para hacerles ver a los burgueses que tienen que ocuparse de sus asuntos y nada más.

También considero muy útil el vapulear a los oradores de la democracia y a los representantes del gobierno, con el fin de que nadie conserve ilusiones acerca del carácter de las violencias. Las cuales no pueden tener valor histórico más que si son *la expresión brutal y clara de la lucha de clases*: no conviene que la burguesía pueda imaginarse que con habilidad, con ciencia social o con sentimientos elevados podría lograr mejor acogida entre el proletariado.

El día en que los patronos se den cuenta de que nada han de salir ganando por obra de la paz social ni de la democracia, comprenderán que han sido mal aconsejados por quienes les han convencido de que abandonasen su oficio de creadores de fuerzas productivas y se dedicasen a la noble profesión de educadores del proletariado. Entonces cabrá una posibilidad de que recobren una parte de su energía y de que la economía moderada

o conservadora les parezca tan absurda como le pareció a Marx. En cualquier caso, al estar más acusada la separación entre clases, el movimiento tendrá mayor probabilidad que hoy de desarrollarse con regularidad.

Las dos clases antagonistas actúan, pues, una sobre la otra de manera parcialmente indirecta, pero decisiva. El capitalismo empuja al proletariado a la rebelión, porque, en la vida diaria, los patronos utilizan su fuerza en un sentido contrario al deseo de sus obreros: pero esa rebelión no determina enteramente el porvenir del proletariado, ya que éste se organiza bajo la influencia de otras causas, y el socialismo, al inculcarle la idea revolucionaria, le prepara para suprimir la clase enemiga. En la base de todo ese proceso se halla la fuerza capitalista, y actúa de modo imperioso<sup>14</sup>. Suponía Marx que la burguesía no necesitaba que la excitasen a emplear la fuerza; hoy nos hallamos ante un hecho nuevo y muy imprevisto: una burguesía que intenta atenuar su fuerza. ¿Cabe decir que ha fenecido la concepción marxista? En modo alguno, porque la violencia proletaria sale a escena al mismo tiempo que la paz social pretende apaciguar los conflictos; la violencia proletaria encierra a los patronos en su papel de productores, y tiende a restaurar la estructura de las clases a medida que éstas parecían ir entremezclándose en la ciénaga democrática.

No sólo la violencia proletaria puede fundamentar la revolución futura, sino que además parece ser el único medio de que disponen las naciones europeas, embotadas por el humanitarismo, para recuperar su antigua energía. Esa violencia le fuerza al capitalismo a preocuparse únicamente de su función material, y tiende a devolverle las cualidades belicosas que antaño poseía. Una clase obrera en auge y sólidamente organizada puede obligar a la clase capitalista a mantener su ardor en la lucha industrial; frente a una burguesía hambrienta de conquistas y rica, si se yergue un proletariado unido y revolucionario, la sociedad capitalista logrará su perfección histórica.

Así pues, la violencia proletaria ha venido a constituir un factor esencial del marxismo. Añadamos una vez más que, convenientemente conducida, acarreará la supresión del socialismo parlamentario, que ya no podrá pasar por amo de las clases obreras y guardián del orden.

### III

La teoría marxista de la revolución supone que el capitalismo será herido de muerte mientras esté todavía en pleno vigor, cuando esté coronando su misión histórica con su plena capacidad industrial, y la economía se halle aún en vías de progreso. No parece haberse planteado Marx la cuestión de saber lo que ocurriría en el caso de una economía en vías de decadencia; no pensaba que pudiera producirse una revolución movida por un ideal de regresión, o incluso de conservación social.

Hoy en día vemos que eso podría suceder perfectamente: los amigos de Jaurès, los clericales y los demócratas sitúan su ideal del futuro en la Edad Media: desearían que la pugna fuese tibia, que la riqueza fuese limitada, que la producción se subordinase a las necesidades. Y ésas son ensoñaciones que Marx calificaba de reaccionarias<sup>15</sup> y, por tanto, de despreciables, porque le parecía que el capitalismo estaba encarrilado en la vía de un progreso incoercible; pero hoy vemos que considerables fuerzas se coaligan para tratar de reformar la economía capitalista en el sentido medieval, por medio de leyes. El socialismo parlamentario desearía unirse a los moralistas, a la Iglesia y a la democracia, con miras a detener el movimiento capitalista; y es cosa que quizá no resulte imposible, dada la cobardía burguesa.

Marx comparaba el cambio de era histórica con una sucesión civil: los tiempos nuevos heredan las adquisiciones anteriores. Por consiguiente, si la revolución se produce durante un período de decadencia económica, ¿no quedaría grandemente comprometida la herencia?

